

# MINI

archivo  
entre >  
guerras



# Desarmes

Memorias del sitio de Sarajevo

De Ángel Hernández.





© **Archivo Entreguerras** es un proyecto de investigación documental relacionado a contextos de violencia en México y el mundo.

Toda la obra contenida es autoría de Ángel Hernández y se encuentra protegida por las leyes de derecho de autor correspondientes.

Cualquier uso del contenido de este texto ya sea total o parcial debe ser notificado por escrito al siguiente correo: [archivo.entreguerras@gmail.com](mailto:archivo.entreguerras@gmail.com)



## 1. Avenida de los francotiradores

—No lo toques.

—Tienes que dejarlo inmóvil.

—La inmovilidad nos ha venido haciendo daño.

—Camino contigo, pero no sé si eso ayuda.

—Quédate ahí. Desde ahí, observa todo.

Me detengo, observo todo: un hombre camina demasiado a prisa y, luego, se desvanece.

Me detengo, observo todo: un hombre se detiene frente a mí y me lleva hacia el piso.

—Ahora corre.

—No puedo correr, no en esta condición. Siento cómo el brazo comienza a desplazarse de su sitio.

—Sujétate el brazo. Corre, corre ahora.

—Atravieso la calle y él hombre queda atrás.

—De un momento a otro, las cosas han cambiado. ¿Me escuchas aun?

—Te escucho. Hay gente escondida también detrás de los autos.

—Un auto avanza. Sigue a ese auto, te digo. No te quedes atrás.

—Un auto avanza y voy detrás. Con ello, puedo atravesar la calle y salir vivo.

—Cubre tu cabeza.

—Bien. Aquí estoy.



—¿Cómo va tu brazo?

—Mal. Sigue roto.

—Tendremos que salir de aquí en el siguiente auto que pase.

Veo que alguien de la resistencia ha llegado: se coloca frente a mí. Me hace preguntas que no contesto. Se ríe de mí. Entonces, Taime ha corrido a la acera contraria sin pensarlo demasiado. Sabe lo que puede ocurrir cuando hay un soldado que ríe, sobre todo, si no hay nada divertido de qué reír.

El soldado me pide que le muestre el documento, me pide que le compruebe que no estoy armado. Luego comienza a gritar. Me desnudo para demostrar que no hay documento y pongo en alto los brazos. Me va a disparar. Amenaza con hacerlo en el brazo herido.

Si me dispara, seré consciente de que esto no debió suceder y necesitaría tiempo entonces. Ganas de ceder. Me atraviesa el sonido del serbio mezclado con el alcohol y las pastillas; de la adrenalina que produce el miedo y la desesperación.

—Mira, voy a correr, esto es lo único que puedo hacer ahora por nosotros dos —y corro.

Voy al filo de la acera para atravesar casi desnudo la *Sniper Avenue*, solo con los Nikes puestos.



Tito es ahora un fantasma sujetándome de la mano para pasarme la calle y dejarme del lado contrario, a contrapelo de la acera, pero, si es que lo han notado aun con vida. Mi chica, que ha logrado avanzar unos cuantos metros más, me adoctrina con indicaciones que traza en lo invisible. Luego, se queda inmóvil. Mi chica no reacciona.

—¿Estás ahí? ¿Qué pasa contigo?

Señala con sus ojos el quicio de una ventana, de la que sale un hombre joven. Quizá 16 o 17. Lleva un arma de precisión. Toma un respiro y apunta hacia donde estoy. Entonces, sé que debo sacar el trasero de ahí y no parar de moverme para salir de su objetivo.

Mi chica ahora sonrío. Ella sabe todo. Consigue animarme en el menor tiempo posible. Ella está más atenta a la pulsación de la muerte que a la del amor. Gracias Taime. “Mira a los franceses, mira a los rusos. No tuvieron tanta suerte”, me dice articulando los labios a lo lejos.

«Es cierto», pienso. Y esto es lo que, en general, nos intriga. “¿Por qué nosotros hemos tenido tanta suerte?”, pregunto a un hombre mayor que está corriendo a mi lado.

¿Por qué no han terminado de matarme?



¿Por qué no los animan a hacerlo?

¿Por qué los estudiantes bosnios viven con cierta tranquilidad a diferencia de otros que han atravesado conflictos armados en el resto de Europa?

*This shitty Europe that has made us so much pain.*

Bien, ahora el chico ha dado su mejor tiro y su mejor tiro ha ido a parar en la cabeza del hombre con el que hablaba, cuyas posibilidades de sobrevivir eran, como ya se ha visto, inferiores a las mías.

—Corre. Ya casi llegas a donde estoy.

—Sostenme el brazo.

—Hay otro parado detrás.

—¿Dónde?

—Ahí, justo detrás.

—¿Ves esto, amor? Es el resto de mi brazo, tómalo entre tus manos y ayúdalo a correr, enséñale a comportarse, a no salirse más de su sitio, a no desprenderse del hombro ahora que más lo necesito conmigo.

—Extiéndelo un poco, lo voy a sujetar.

—Hemos salido con vida de la universidad.

—Hemos salido con vida de la universidad y mis ojos no alcanzan a ver con claridad lo que hicimos.

—Ahora estamos en tu casa, me atiendes el brazo.

—Siéntate ahí, por el brazo sobre la mesa.



—Tu madre no está.

—Listo. Mi madre no está, la casa está sola.

—Bien. Entonces, nos desvestimos. Vamos a la parte trasera donde está la pequeña cocina y ahí sucede lo necesario.

—Hay algo que quería preguntarte.

—¿Sí?

—¿Qué pasará después de esto?

—¿De la guerra? Tendremos un hijo.

—No quiero un hijo.

—Tendremos un perro.

—No quiero un perro.

Mi brazo no está listo para esto, pero lo sujeto fuerte de la cintura. No con amor, no con deseo. Solo por instinto de preservación.

—Afuera la gente sigue corriendo. Una posibilidad para nosotros dos se abre esta tarde: el tiempo de la fuga y la permanencia se reconfigura. No quieres un hijo. Bien, no quieres un hijo porque sabes que lo matarán. Y no quieres un perro porque sabes que sucederá lo mismo. Piensa que podemos evitar tener un perro y un hijo, pero las guerras continuarán.

—No me sueltes. Bien. Ahora tu madre llega, lo hemos logrado.





Buenas tardes, tenemos cosas que superar, como el sentido que daban a nuestra vida, algunas cosas que hemos perdido. Mi brazo está de prueba en que las cosas han salido mal esta tarde. Pero, en general, los ánimos se mantienen vivos, quiero decir: hay ánimos.

Te lo digo, me lo crees, seguimos pensando en reunirnos con los otros detrás de los edificios y la alambrada que determina el sitio de esta ciudad. Leemos el diario. Me río, te ríes, hasta tu madre se ríe: “Sarajevo, a un mes de encontrarse sitiada, es un reducto de la imaginación que supera toda fantasía”, dice un periodista extranjero. Pulsiones. Luces muy blancas y brillantes comienzan a impactarnos.

—¿Las ves?

—¿Cómo no verlas?

—Siento que el brazo se me desprende del hombro.

Pequeñas regresiones a la infancia, al momento de necesitar consuelo: ver a mis primos que nunca veía, tener una historia de amor breve con la compañera que me ayuda a entender el álgebra.

*Que-brar-me*

Volver a los libros de la infancia que se tragó el invierno de la antigua Yugoslavia.

IRNOS.

—Mira, ponte esto.

—Con eso, el brazo irá bien.



—Bueno, vamos allá.

—Las cosas mejoran. ¿Por qué pasa esto? ¿Has visto? Tengo erecciones permanentes, son involuntarias, no las puedo ocultar.

—Hay un hombre, Bill Carter, que habla sobre el modo de activar una acción en contra del sitio.

—Escucho lo que dice Taime, pero Carter olvida que hay cosas que no necesitan salir por televisión.

—Algunos colectivos en defensa se reúnen hoy.

—Bien vamos allá.

—¿Hola, Bill?

—Hola.

—Sí, este soy yo, y esto es lo que queda de mi brazo. Has hablado de ese concurso.

—Sí, un concurso de gente que se mantiene fría, como el resto de Europa, y en general de algunas consultas.

—Tengo la sensación de estar hablando con un extranjero.

—Soy extranjero.

—¿Por qué han venido tantos extranjeros con buenas ideas a Sarajevo?

—Hay gente que tiene el dinero para hacerlo.

—Bien.

—Se llama Miss Sarajevo.

—Miss Sarajevo atravesando por la *Mese Selimovica*. Habría que verlo.

—Es lo mismo.



Pienso en las noches en las que necesité tu voz, pero tu voz más cerca, más cercana al oído. Y, en algunas de esas noches, en las que nos colocábamos las gafas de sol y apuntábamos al cielo. Había gente que se presentaba ante nosotros. ¿Estaban deformes, los habían herido o nosotros le dábamos esa forma?

Había una mujer que decía llamarse Miss Sarajevo y exponía, indicando con sus manos, el curso de las pesadillas de una ciudad sitiada: noches de humo donde nosotros éramos el humo o de nuestros cuerpos salía ese humo. No sé. Pero pensé que esa noche, que salimos de casa (apenas comenzada la noche), me dirías la verdad. Me dirías si querías irte o quedarte. Y me dijiste “quiero quedarme”, entonces, seguirán matándonos y seguirán obteniendo el humo blanco que sale de nuestros cuerpos cuando ya los han puesto calientes. Eso es todo.

—Me gusta lo que me cuentas.

—Pero aquí no hay manera de que algo guste, después de todo lo que vemos.

—Hay cinco mujeres que quieren ser parte de esto. ¿Entiendes? Hacer el número. Hay gente de todas partes, la guerra atrae turismo y ustedes necesitan plata. Adiós.

—Hay un hombre allá afuera que acaba de fracturarme el brazo y no puedo saludarte, Bill, me disculpo.

Me acerco al fuego de unas latas que arden. Lloro gotas de hielo y mi forma de dirigirme a la gente necesitada de auxilio no es la mejor. No disfruto nada durante ningún momento del día. Hoy he hablado con ella para decirle que no es necesario que intervenga en esto, afuera siguen matando a toda hora:



En Grecia: nada.

En Hungría: nada.

En Eslovenia: nada.

En Austria: hay un hombre que vive con su novia y a la novia la han dejado sin un brazo, como casi lo hacen conmigo por querer ser parte del tema. Y bien, aquí tienen mi plan con Bill Carter.

En Miss Sarajevo, hay cinco mujeres bosnias de cuerpos que serían perfectos, de no ser porque tienen miedo. Esto cualquier persona lo entiende. Luego, comenzamos a llorar por ellas, porque la mujer es:

*La causa viviente del sufrimiento (de su sufrimiento y del nuestro), por lo tanto, del género humano.*

Me dirijo hacia el pequeño auditorio. Mis piernas se desvanecen cuando escucho el sonido de un mortero estallar a muy pocos pasos de aquí, pero llego. Dentro están ellos. Y están ellas, sudando. El sudor es de una fragancia compleja de definir. Huele a un mundo. Huele a recién nacidos llorando. Y, luego, en ese momento, comienzan a aparecer los otros.

¿Quién ha traído hasta aquí a los otros?

Camarógrafos, gente de bien y gente de mal. Estadounidenses, reporteros, gente que se hospeda en el Holiday.



*—Hola. A. Todos. Me ven. Bueno. Soy Bill. Bill Carter. Comencemos con esto y vemos qué sucede: mataron a mi chica al comienzo de la guerra. Ahora estoy aquí para tratar de olvidarlo todo. ¿No les aflige esto? Bueno, a nadie tendría por qué afligirle.*

Y eso sería todo. Eso sería el modo de asumir que estamos perdiendo cada vez más los concilios de reconocernos como emblema de humanidad. En otras palabras: un mal comienzo.

—¿Qué haces?

—Converso con Bill.

—El brazo ha mejorado.

—El brazo sí.

—Esto comienza a visualizarnos, a ponernos en el mapa de alguna provincia bosnia con señal de televisión.

—Las cinco mujeres son bellas.

—Esto sí parece un concurso de belleza.

—Se han sumado otros más. Se han encontrado razones para suponer que todo esto es obra del destino, o sea de dios.

Destino = Dios = Guerra.

Cristianos, musulmanes, budistas y judíos.

Aquí está Bill. Tardaste.



Bill Carter:

Comencé a organizar todo desde hace algún tiempo, la gente estaba interesada en formar parte así que, de un momento a otro, ya se había preparado todo. *The Serious Road Trip* funcionó en la medida de nuestras posibilidades. Los chicos querían arrastre. Querían eso, viajar. Estar en el lugar donde ocurría el mejor sexo y eso no era en Reino Unido. Los voluntarios, a expensas mías, de mi novia muerta, desembarcamos en Split, en junio de 1992. Ya había gente de Australia, Nueva Zelanda, Francia, Alemania y otros lugares. Pensamos que eso sería bueno. Queríamos ayudar y, en esa medida, desaparecer de la vista de nuestros padres. Luego, tuvimos a las chicas y tuvimos el nombre del certamen. Había gente, la escaleta era idéntica lo que habíamos hablado con todos y todos estaban de acuerdo, pero tenían miedo; yo tenía miedo. Un hombre, antes de tomar mi avión en Arkansas, me dijo “no vayas allá, te matarán”, y yo contesté “es que ahí vive mi chica”. ¿Cuál de estas cinco chicas es mi chica? Si cierro los ojos, podré encontrarme con algunas que me gustaría quedarme, como ella o ella, pero en general disfruto de saber que todas alguna vez serán mis chicas y no las chicas muertas de este país. Razones hay de sobra.

Boicots.

Siento que prevalece un boicot permanente entre comunidades que se autodestruyen cuando alguien organiza algo —incluso de buena intención para ellos—. Supongamos una cena y, en la cena, comienzan a llegar invitados, pero algunos de ellos son asesinos o han estado pensando en serlo —en el caso de



soldados muy jóvenes, tenemos que se trata de sus primeras incursiones, han matado uno o dos civiles por error, etc., etc.—.

Los tránsitos de estos ciudadanos por las principales arterias de la ciudad suceden gracias a la distracción de francotiradores. Y esa es la verdad, aunque a nadie le guste aceptarlo en esta performance ofrecida a la tv.

Boicots/ Cenizas/ Cuentas entre musulmanes, saldadas/

Mi padre/ Mi madre/ Limpieza étnica.

Un botín de guerra que se dispone en frívolos e insuficientes acuerdos de paz. En simulaciones. En simulacros de colectividad.

Esto apenas comienza, Carter/ Pero tú tienes los contactos, tú tienes el nombre de Bill/ Tú tienes el teléfono de Bono en tu agenda/ Ahora vamos con las chicas:

—¿Tú estarás ahí Taime?

—Quiero estar.

—Entonces, sube.

—Está sucediendo.

—Sí, está sucediendo y parece que no se detendrá.

—La prensa lo transmite en vivo. Lo hemos logrado.

Hay gente que luce asombrada/ Hay gente que bate palmas: *Welcome to Sarajevo*.

Y hay otras que lo tachan escribiendo también: *Welcome to hell*.



Ambas se exhiben en las pancartas públicas. Ambas se relacionan por haber sido escritas al mismo tiempo.

Sí, en medio de la guerra, un certamen de belleza es una ilusión óptica. Es un esfuerzo del hombre por recobrar la cordura, por recordar que aun es necesario tener complacencias como esta de ver a cinco chicas y a Taime —la mía— allá arriba, haciendo su noche, en el lugar. Luego:

1. Las tres finalistas del concurso esperan la resolución del jurado.
2. La resolución del jurado llega.
3. La ganadora es Inela Nogić.
4. La corona también llega. Es una corona dorada con algunas incrustaciones de piedra de fantasía.

Hay aplausos, hay expresiones de dolor y de asombro que se incrementan.

Hay un amor que no se corresponde con el nuestro.

Hay horror por el destino del cuerpo de la mujer que gana.

Luego, las seis chicas, incluida Taime, comienzan a desplegar una manta que dice:

"Don't let them kill us".

Entonces, las risas se apagan y los rostros se congelan. Hay gente que, en ese momento, sigue bajo la mira de los francotiradores y gente que comenzará a caer lentamente, como parte de un ritual cotidiano de la muerte, consagrado a la ambigüedad de la condición de estar y no estar.





Estar/ No estar/ Estar (vuelta otra vez y otra vez atrás).

Luego, hay incendios que se organizan afuera del sitio en el que ocurre todo esto. Hay llantos y hay risas, como en la celebración nupcial de una princesa con un retardado mental, de una reina insostenible que se debilita en la medida en que comienza su reinado en un reino liquidado.

“Ahora todo está bien y esto ha funcionado”, dice Bill en un bar del sector cinco, cerca del túnel. Luego, Taime quiere besarlo y yo estoy de acuerdo. Yo estoy de acuerdo en casi todo, pero me faltan fuerzas para seguir.

Con permiso, cruzo la avenida. Voy a mi cuarto debajo de la tierra. *El sepulcro* lo he llamado. Después, estando ya en el sepulcro, como en una provocación de seres que se forman y deforman, mi padre me habla en nombre de Tito y vuelvo a mi adolescencia en Belgrado y en la música suave de los veranos en Zagreb, muchos veranos antes —nos pareció que debíamos estar lejos por lo menos durante el verano—. “El tiempo no era un combatiente que actuara a favor de nosotros”, dijiste. Bueno, por lo menos este tiempo no. Sarajevo se repetía incansablemente con la misma mueca de rabia y dolor; de inmensidad y tristeza.

«Antes estuvimos aquí», pensaba. Nos besamos aquí. Nos metimos dentro del auto, hicimos el amor dentro del auto y, luego, a ese auto lo explotaron.

Todo o la mayoría de las cosas, se quedan detrás en esta ciudad:



*Is there a time to run for cover*

*A time for kiss and tell*

*Is there a time for different colours*

*Different names you find it hard to spell*

*Is there a time for first communion*

*A time for East Seventeen*

*Is there a time to turn to Mecca*

*Is there time to be a beauty queen*

## **2. Ruinas de los Juegos Olímpicos de Invierno**

En todo esto, mi empeño ya no da más. Se vuelve lento, pausado, como el tiempo de estancia en las prisiones que tienen que sobrellevar algunas criaturas. Hoy he vuelto a la universidad, después de algunas semanas: un profesor de aritmética, que conozco, que no es mi profesor, pero que conozco, está tendido detrás de un depósito de agua. Insiste en pedirme ayuda porque uno de sus ojos ha salido de su cuenca.

No ve por completo la realidad dada. El estado de las cosas.

Y recuerdo que yo tengo mi brazo como prueba de no haber quedado inmune.

Se lo muestro bien, camino más allá. Taime no está.

Taime, entre otras cosas, se ha entendido con Bill y lo ha metido a su cama.



Tendrán un hijo el verano siguiente.

Yo me comeré a ese hijo y les prenderé fuego.

Pienso y, luego, me arrepiento, porque eso es, entre otras cosas, lo mismo que están haciendo los serbiobosnios.

Quieren detener la descendencia. ¿Entienden eso? Detener el curso.

He escrito un texto sobre eso. Lo he venido a entregar esta mañana. Es sobre las pistas Bobsleigh que se abrieron durante las Olimpiadas de Invierno en el 84, y siento cómo el corazón comienza a presionarse sobre la parte trasera del pecho como si fuera esas pistas Bobsleigh ahora en ruinas.

Me gustaba hacer el amor con ella, no teníamos muchas precauciones para evitar lo embarazos y, sin embargo, ella nunca quedó en cinta. Eso fue bueno, le dimos a los serbios una razón menos para matar. Deseaba a otras mujeres y lo sabía. Deseaba a otras mujeres y ella lo deseaba, en fin, todo esto se deslava.

Camino hacia otra región de esa memoria nuestra. Me desplazo y encuentro razones suficientes para detenerme a la puerta de una estancia incendiada. Camino con la mente, camino mentalmente y ahora está ahí el resto. Y, bien, esto se llama así:

Ruinas de los Juegos Olímpicos de Invierno.

No hay mucho en lo que se pueda competir ahora.



Miren, ahí van dos chicas en minifalda que siguen esperando que alguien las lleve a sus casas, pero los hombres están muertos. ¿Puedo ayudar en algo? Paseo por la universidad, por este valle sombrío poblado de despojos y tomado como trinchera. Como los *Bobsleigh*, que ahora son escondite del ejército serbio y ahí pasan el día, bebiendo y comiéndose las uñas, identificando a algunos *bosniaks* que caen vencidos por la gravedad, gracias a sus chicos apostados en las pistas de trineos.

He recorrido esas ruinas y el ensayo que traigo de esa memoria es pavoroso, no puedo ayudarme a entender que esto ha sucedido tan pronto. En 1984, vine aquí de niño. De mi padre solo quedan algunos libros viejos, pero de ese recuerdo no. Ese recuerdo me costó un invierno a los siete años, viendo a los patinadores abalanzarse sobre el monte Treveric y las chicas sonriendo para ellos.

Duele que ahora estén perdidos, duele que existan pocas razones para recuperar nuestros mejores años en esta basura olímpica. Por eso, *Ruinas de los Juegos Olímpicos de Invierno* es un ensayo duro frente a esa condición humana que nos pisotea mientras no hay mucho qué hacer o qué decir, mientras hay un frío desalmado que te ciega.

Dejo el escrito en manos de una audiencia voraz de jóvenes que se mantienen despiertos gracias a estupefacientes y solo presentan razones para seguirse ocultando en sus agujeros.



Agujeros: ese nuevo bunker de la conciencia que es el miedo a la hora de atravesar la avenida de los *snipers*.

Pienso: «Bono ha pisoteado nuestra dignidad con esa canción». Nos ha humillado frente al mundo, ahora con Brian Eno en el *Passenger*. En el video, relatan la experiencia de una tarde cualquiera en Sarajevo. He visto ese video hoy mientras asomaba la nariz a la casa del vecino, que se las arregla con la electricidad y, en realidad, el video no es mejor que el concurso del que ya se ha hablado.

Aunque el concurso lleve el mismo nombre:

*Alma Catal, una adolescente canta dentro de un auto calcinado y parece que es feliz en la guerra. O sabe que no es feliz e intenta disimular que sí lo es, así hasta que algo comienza a incomodar a todos y es que Catal no sabe si está viva o muerta.*

Eso ha sorprendido a todos. Miren, dentro de ese lugar, hay cenizas de otros cuerpos mezcladas con cenizas de autos estacionados en otras universidades del mundo, que viajan hasta acá gracias a la velocidad del viento. Eso nos ha hecho aprender a reírnos lo suficiente de casi todo para que nadie tenga nada que esperar de nadie, y todo sea un absurdo glorificado que, sobra decir, no merecíamos.

“Ahora comienza la gran oportunidad para todos”, le he dicho Alma. Es el momento más adecuado que encuentra esta guerra para:

Sacudir con horror.



Sacudir.

La sombra de los muertos de nuestro propio cuerpo.

La ceniza también. Y el polvo del derrumbe de un imperio comunista.

Mira, Alma, la sombra que enferma de rabia y se compadece de los cuerpos y los rostros desfigurados de algunos organismos para llevar a cabo sus tareas de preservación frente a la muerte. Pero Alma es una niña y no lo entiende. Le basta con escuchar *All that she wants* de Ace of base.

Me he llevado a esa chica en la cabeza ahora que Taimé no está. Me la he llevado y avanzo con ella más arriba, más, hacia la zona de las montañas nuevamente. Es la tercera vez que subo el día de hoy al monte Treveric, y no tendría que hacerlo porque hay francotiradores apostados, pero no importa. Tengo hambre del paisaje.

Hay un cielo blanco, muy blanco: un cielo difícil de explicar. Como un negativo sorprendido por la luz. Como una foto velada.

Tengo al cielo. Tengo mis pasos. Y tengo miedo de equivocarme la dirección, aunque al final no haya forma de perderse dentro de una ciudad sitiada: los partidos de fútbol no son tan agradables desde un televisor sin luz. Las proporciones de un baño de agua caliente pueden variar, dependiendo del momento del día; hoy, por ejemplo, no hay nada más hermoso que contemplar el bullicio de hombres y mujeres agazapados en la parte trasera de sus casas, porque han dicho que comenzarán a



bombardear los sitios de reunión frecuente de los apartamentos de clase media en el distrito de *Stari Grad*.

Todo es una burbuja sensible al contacto con otro cuerpo/organismo. Una burbuja muy, muy sensible a ese contacto y, en el momento en el que ese contacto sucede, la burbuja hace explosión como una bomba y, como una bomba, vierte su contenido sobre nosotros.

Hoy, Bono ha dicho, en una entrevista para MTV, que el video de Miss Sarajevo reúne —cito—: “Las formas de esperanza para el pueblo bosnio que actualmente se limitan a las alternativas que puedan surgir de Europa y la OTAN”.

He buscado a Bill, sin éxito. Le he escrito a Taime, pensando que, si puede verlo, le pida que entregue este mensaje a Bono:

*El videoclip no es malo, Bono. La forma de hacer que Alma se comprometa con los escombros que ha venido dejando una guerra en la que todos confiamos es angustiante, pero nos hemos preparado corriendo por las avenidas y construyendo pasajes subterráneos. No olvides eso. La falta de suministros nos ha costado caro, pero no podemos reaccionar de forma violenta ante cualquier provocación. Antes muertos que ligeros a la hora de calcular los daños que eso puede ocasionar entre nosotros. Ahora bien, repito que el video no es malo, lo que es malo es promover la idea de asumirnos como suicidas en un tiempo que no alcanza a distinguir entre la*



*noche y el día. Así que, aunque nos empeñemos en mantener viva la luz, sin electricidad, no hay mucho más que se pueda hacer contigo.*

*Con afecto.*

*Yeth.*

Se la he dejado debajo de la puerta de la casa de su madre.

El paisaje se desorbita como una nube que trae dentro los restos de esta ciudad y que trae dentro la información genética de nuestra descendencia: niños que nacerán con miedo.

Lleva momentos de nuestra edad pasada y rostros de amigos que hemos olvidado —porque era mejor no recordarlos como los serbios los habían dejado—.

En este momento, no hay nada más preciso que volver a la lógica de las apariencias, en un campo magnético debilitado por la polución de las explosiones:

Nubes/ Esporas/ Prismas producto de las refracciones de luz.

sospecha en todas sus acepciones,

somos tan frágiles,

somos tan inconmensurables con los días perdidos,

somos responsables de tantos atropellos y, aun así, muy pocas veces nos detenemos a mirar.

He buscado a Alma, me lo ha pedido Taime a través de su madre, que ahora pasa las tardes con Bill en otro sector de la ciudad. He ido a ese barrio, el sitio donde





estaba el auto y, efectivamente, dentro se encuentra Alma cantando *All that she wants*, y sigue jugando, y tenemos miedo hoy de que algún reportero se acerque y le haga alguna pregunta que pueda herirla:

¿Cuánto tiempo más permanecerás en este auto?

¿Dónde están tus padres?

¿Hay razones para vivir o para morir?

¿Te importaría tener que seguir soportando el inconveniente de la guerra y, si es así, por cuánto tiempo más?

Todo es tan indiscreto, el mundo solo se guía por las apariencias. El mundo quiere culpables visibles. El mundo quiere ver carne sobre la mesa como lo decía Brecht.

Todo se acumula en las estancias de este apartamento sin agua ni suministro eléctrico de Sarajevo, que somos nosotros dos. Un apartamento donde nos amamos en días de lluvias y todo eso, y que llevamos dentro y que sus desprendimientos nos recuerdan que tenemos que salir pronto de ahí. O sea, de nosotros mismos.

—Me iré de aquí.

—Es mejor irse de aquí, Alma. Todos nos vamos alguna vez.

—¿Podrías alcanzarme ese bolso?

—Sí, ¿qué hay dentro?

—Dentro hay una venda, ¿puedes dármela?



—Sí.

—Te ataré el brazo.

—Ahora ha quedado mejor.

—No cargar el peso de tu propio brazo te ayudará. Al fin, todo resulta temporal.

—¿Te irás de aquí?

—Es mejor irse de aquí. Todos alguna vez nos vamos de aquí.

Regreso a pensar en la penumbra, en Taime, en Bill, en Bono, en Miss Sarajevo, en Alma Catal. En la madre de Taime, que sabe que Taime y yo jodíamos en su cocina, donde prepara el café y los almuerzos. En Sarajevo sitiada. Y no pasa nada. Pasa como hasta ahora, una nube blanca que atrae con su fuerza todos los espejismos de esta realidad que se acerca mucho más a la idea de exterminio. Pienso en la universidad casi colapsada por los impactos de bala, en la avenida de los francotiradores, en la gente que está pasando y que no, y en cómo hemos ocupado los sitios en ruina del monte Treveric para celebrar una olimpiada nuestra de nuestra propia muerte.

Recuerdos con Taime en el verano —Taime, esto es lo último que escribo—.

### *Rito de la guerra*

Eres mía, pero no puedo tenerte. Entonces, me abalanzo en mi capacidad terrestre hacia ti —con el brazo hecho girones— y solo obtengo reflejos de algunas expresiones tuyas, gestos, mientras haces el amor con Bill. No sé si eso ocurra en



este momento en realidad, o sea producto de mi propia angustia, mi simpatía por los analgésicos o no haber dormido bien hace más de un mes.

### *Rito de la vergüenza*

No eres mía, pero puedo tenerte. Nos vemos de noche, a escondidas y, luego, comprendemos que esto no está bien, que debemos parar de hacerlo, sobre todo, cuando hay hombres que disparan hacia nosotros dos, que ponen en riesgo tu belleza y mi tranquilidad de ser yo quien acabe con ella.

### *Rito de la sangre*

No eres mía ni pudo tenerte, pero me abalanzo hacia ti como un preso que encuentra la libertad, luego de purgar la soledad como castigo. Y sé que esto sucede en otro plano, en un plano inmaterial, por momentos inaccesible al entendimiento. Un plano que se escapa del terreno de la intimidad, para ser expuesto como cadáver sobre la vía pública.

Te extraño, Taime, y esta ciudad ya no es la misma. El asedio a nuestra ciudad nos ha valido la pérdida y eso nadie lo puede remediar. No poder salir ni entrar a ningún lugar. Permaneceré inmóvil, viendo cómo se consume por sí misma la cortina de baño. Y, en la parte superior de la casa, ha aparecido un nido de aves que ha encontrado resguardo de las detonaciones. Un nido que va creciendo rápidamente y que, de un momento a otro, se extenderá al apartamento completo.

Las aves, como yo, solicitan su cuota diría para existir. Afuera no quedan árboles frutales ni niños que lancen alimento a las aves en los parques.



Han llegado de todas partes de la ciudad. Están dentro de las estancias, dentro del baño, en mi habitación. Y yo tumbado sobre el sofá, con el brazo nuevamente herido, no tengo fuerzas para ponerme en pie y animarme a cerrar la ventana.

—Largo de aquí.

Intento incorporarme un poco.

—Largo.

Consigo llegar a la puerta.

Las aves, vuelan a mi lado. Se posan sobre mi cuerpo, intentan acceder a mí boca.

Sacudo los hombros y los brazos que ahora están cargados de ellas. Me han hecho parte del nido, y no sé si como una más de ellas o como su presa.

Hola a todos. Aquí estoy, con una flecha en el centro de la frente y otra en el costado, pensando en mudarme pronto, pero sin saber cómo lograrlo.

### **3. Godot en Sarajevo**

—Pensé que era buena idea venir hoy.

—Siéntate.



—Hace frío, siempre es tan frío aquí.

—¿Qué tienes para mí?

—Esto.

—¿Lo de Beckett?

—Sí, lo de Beckett. El *Esperando a Godot*.

Mi padre recibe a Sontag en Bosnia. Hacen un viaje por la autopista que conecta Zvornik una pequeña comunidad al norte de Sarajevo. Papá, un teatrista de la bancada del teatro comunista de los 70, abría con esto un capítulo duro de entender para asiduos y detractores:

Abrir el tiempo, entendiendo al tiempo como la herida de la espera.

Un emplazamiento sobre el emplazamiento aun más profundo de la ayuda internacional.

Una espera de la espera.

Irracional.

Mi padre, teatrista retirado, ha llegado con Susan Sontag al pequeño apartamento de *Focanska 112*.

*Esperando a Godot* era un proyecto que, en todo caso, vendría a enunciar una agonía —antes ya experimentada— de nuestra escasa paciencia ante el conflicto armado más estúpidamente extenso de la historia moderna.

Des-armes.



Desarmen a los serbios y a los aliados.

Desarmen a los hombres que avanzaron hacia Srebrenica.

Desarmen a Vladimir y Estragón pero mantengan intacta su paciencia.

¿Cuál era la propuesta? La propuesta era reunir escritos de toda naturaleza alrededor del tema de la espera. Documentos, sonoridades, mapas textuales, gestos sencillos, difusos, casquillos de bala, expedientes de gente que no hemos vuelto a ver y que esperamos ver pronto. No sé. Un archivo que quizá se extravía del periodismo y que asume a la realidad de la guerra como la espera de lo perdido y al teatro como su cuenta regresiva.

Implosiones.

Contracciones de nuestros escasos recursos anímicos.

Geometrías que componen pequeños paisajes de humo.

Arriba de ello, Beckett, como un dios que opera las 24 horas en permitir que todo suceda. Luego, de un momento a otro, las cosas se contraponen. ¿Es Clinton, es Milosevic o es Godot?

Empecé a dividir el texto, como si fuera un arma que compartían Vladimir y Estragón. Llevaba conmigo un diccionario inglés/serbo-croata, ediciones rústicas de la obra en inglés y unas fotocopias aumentadas del texto en las que anotaba a lápiz la traducción bosnia.



Me desmorono.

Me desintegro.

Me desvanezco.

*Que tenemos frente a nosotros. ¿Un conflicto armado? ¿El curso de la historia? ¿El tiempo-nosotros mismos? No. Tenemos niños aplastados.*

Ha dicho Sontag que el sentido de la humillación probablemente sea aun mayor que su miedo. Montar una obra significa mucho para los profesionales del teatro local de Sarajevo, porque les permite ser normales, hacer lo que hacían antes de la guerra; no ser menos cargadores de agua o receptores de “ayuda humanitaria”. En Sarajevo, los afortunados son aquellos que pueden continuar desarrollando su trabajo profesional.

Hoy he telefoneado a Taime, preguntado cómo va todo con Bill y los chicos. Me ha dicho su madre que estaría de vuelta esta semana, pero no he tenido suerte. Le he dejado un mensaje de voz en la contestadora:

*—Hola. He conocido a Sontag. Está en la ciudad para hacer una obra de teatro. La ha invitado mi padre. Finalmente, el viejo ha decidido recuperarse de la depresión y harán Esperando a Godot. Creo que sería bueno que la conocieras. Estaremos en el teatro de las juventudes por la tarde. Yo estaré ahí, ayudaré en lo que pueda. Llámame.*



Vuelvo a la universidad y ese día nos prohíben el acceso. Ha caído una bomba y no será posible entrar. Temen que acaben con el resto de las instalaciones. Ahora, estamos pensando que el tiempo no será demasiado rápido para nadie. Pasará lento. Será duro de explicar a los niños. Y no habrá subvención para el teatro amateur.

El invierno se acerca. Se instalará por meses. Ayudará en algunas cosas y, en otras, perjudicará. Perjudicará en hacer más dura la espera. Ayudará en que los cuerpos se conserven. Y, miren, uno de pesimista y Taime me ha llamado hoy para decirme que finalmente se muda a los Estados Unidos, que ha podido salir de aquí gracias a Bill.

El brazo me ha comenzado a doler. Lo saco a la ventana y lo devuelvo frío como un trozo de hielo. Abro la ventana. Miro a través de un espejo ambos laterales. Sorpresa. Las calles amanecieron blancas; el invierno está aquí. También está aquí la guerra.

Susan Sontag: la propaganda de los agresores sostiene que esta guerra tiene su origen en odios milenarios, que es una guerra civil o una guerra de secesión, con Milosevic a la cabeza tratando de salvar la unión; que, al aplastar a los bosnios —a quienes la propaganda serbia suele definirse como los *turcos*—, los serbios están salvando a Europa del fundamentalismo musulmán. Rip.





Los ensayos comenzarán hoy que el asedio a la ciudad se ha vuelto aun más cruento y del cual comienzan a desprenderse interrogantes concretas, como:

¿Qué tipo de muerte hemos de merecer por esto?

Y la más dura:

¿Qué tipo de muerte finalmente obtendremos?

#### **4. La guerra, el teatro y la espera**

*(Habla Inés Fancovic, primera actriz de la compañía de Haris Pasovic.)*

La guerra como espera de la invisibilidad/ La guerra como ejercicio de vacío.

El vacío del sentido. De la pérdida irreversible, de la pérdida del sentido de la espera.

Del dolor.

Del dolor como un ciclorama que se derrumba sobre los restos de este escenario.

El nuestro.

Cicloramas derrumbados por la tristeza.

Días negros.

Compañías teatrales que se conforman solo de actores que saben llorar y, al momento de tener que reír, vuelven al camerino y toman su lugar.

*Deus ex machina* de la soledad.



Un viejo teatro, que apenas resiste los últimos bombardeos, antes concurrido por largas filas de público que hoy incrementan pavorosamente la cifra de los caídos en esta guerra.

Hubiera sido mejor que vinieran al teatro a que murieran: un vacío que se trata de huir. Hubiera sido mejor que murieran como nosotros, de forma temporal en el teatro: un vacío que se trata de estar prometiendo cosas que uno tiene por cumplir, por ejemplo, dormir bien para presentarse temprano en un ensayo y salir vivo de una función.

Ustedes entienden de eso.

Ustedes entienden de humanidad.

Ustedes entienden esa parte o, por lo menos, lo imaginan.

Tiene que ver con esperar.

¿Ya ven?

El teatro nos ha traído hasta aquí y no podemos hacer mucho para tratar evitar eso.

Uno hace lo que puede con otras cosas, pero con esto no.

Uno termina por entender el modo de relacionarse con lo imposible.

Hoy, he salido del primer ensayo de *Esperando a Godot* y me he sentido profundamente triste. Camino sobre la biblioteca en ruinas frente al río Miljacka y recupero momentos inquietantes de ese paisaje:



*Un grupo de niños apostados frente a un tanque imita la marcha militar de las tropas enemigas, mientras los padres miran incrédulos desde las ventanas de los edificios cercanos y los instan a volver, pero los niños no aceptan. Nacieron sin creer en los padres, en sus nociones de lo bueno y lo malo, y en su idea de paraíso. No aceptan fácil cualquier noción de paraíso, eso es verdad. No saben que existe. A su corta edad, solo han visto la guerra. Luego, los padres entonan un coro de exclamaciones mezcladas con alguna plegaria, cada vez que el tanque avanza un poco más a ellos y, luego, retrocede. Así se mantienen por algún tiempo, hasta que finalmente el tanque pasa por encima de algunos de ellos y se da a la fuga. “Perdió la paciencia”, dice la mujer que está junto a mí, ajustándose las gafas de sol. “Perdió la paciencia. Solo eso, perdió la paciencia”. En otras palabras, se ha cansado de esperar.*

Pienso en el sentido de la espera en Godot. Pienso la espera de Vladimir y Estragón frente a una ciudad sitiada por la guerra, como Sarajevo. Como esta Sarajevo que vivimos ahora, mientras intentamos hacer teatro en medio de la muerte. Y pienso en lo que sucederá cuando hayamos perdido, como el conductor de ese tanque que arrasó a los niños, nuestra digna proporción de paciencia. Me pienso a mí, ejerciendo mi profesión de actriz, en medio de un escenario debajo del cual habitan otras presencias de la historia que nos impiden irnos de aquí. Y, entonces, medito que, de alguna manera, debo seguir, como la espera, como el dolor, como el vacío, como la soledad del mundo reunido en esta sala vacía.



## **5. Hijos de teatristas fallecidos/ Otras formas de salida**

Vuelvo a la infancia, a las noches de terror por la ausencia de mis padres (siempre en giras por el mundo y siempre en giras por sus cuerpos ebrios) y al modo en que tuvimos que huir de Croacia cuando se acercaba la desintegración de la RFPY. De niños, nunca vacacionamos en Sarajevo. Nuestros padres se encontraban todo el tiempo viviendo en hoteles que conservaban aun ciertos lujos por el régimen.

Y los camareros eran hábiles.

Y los burócratas mentían con gracia.

Y la gente iba al teatro con la nariz polveada y fumaba hasta quedar colmada dentro de la sala.

Mientras todo eso sucedía, aprendimos a construir pequeñas casas de campaña en los camerinos y, en esas casas, intentamos tener una vida a salvo de las fascinaciones utópicas de los padres. Yo pude llegar hasta esta ciudad muchos años después, cuando me encontraba en el servicio militar.

Yo renuncié a mis padres.

Yo renuncié a la carrera de actor.

Yo renuncié a mí mismo.

Me sorprendió que, al llegar aquí, de las montañas bajaran pequeños zorros, marmotas y gatos de monte. Al verlos, los niños corrían tras ellos, de tal modo que



siempre que veías pequeños zorros, marmotas y gatos de monte, veías niños corriendo detrás.

Esa es la primera imagen que tengo de Sarajevo.

Ahora no reconozco a nadie.

La guerra altera la forma humana.

Nos dijeron que no había posibilidades de continuar así, detrás de los pocos hombres que habían quedado, usándolos como escudos para detener las balas o, mejor dicho, para que las balas se quedaran alojadas en sus corazones y no en los nuestros, que aun seguían vivos. Pero no. Al final, no.

La guerra era un espacio de claridad que espoleaba cualquier capacidad de vida. Detrás, se mostraban rostros antagónicos que se disolvían entre diferentes épocas.

Habíamos hecho todo eso para mantenernos vivos.

Para volvernos a encontrar.

No queríamos que nos siguieran matando. Eso era todo.

—Podemos integrar esa historia.

—¿Qué historia?

—Eso, lo que acabas de decirnos.

—¿Qué dije?



—Eso, los actores, los parlamentos de la obra. Los misiles cayendo allá afuera.

—Pensé que habla de la infancia y, luego, de cómo llegó la juventud. Todo cuando no había guerra.

—Han pasado tres años desde que comenzó el periodo de sitio.

—En realidad, no hay mucho que relacionar, quiero entender cómo debiera ser una obra, con todo ese dolor reunido.

—No lo sé.

Las funciones se harán por la mañana. Tendremos tiempo para decirle al resto que esto funcionará. La gente vendrá al teatro. ¿Vendrá?

En tiempos de desesperanza profunda, el modo de acercarse a los escenarios de vida hace que todo vuelva de alguna manera a relacionarse.

Todo toma vida por un tiempo, vida momentánea. Artificial, pero producida por cuerpos que aun viven. Aunque esa vida, en particular para el gremio de los intérpretes, sea más breve de lo que el público imagina.

Susan Sontag: a la hora de memorizar su texto, los actores fueron más lento. Diez días antes del estreno, todavía necesitaban consultar los guiones, y su manejo de las palabras no fue perfecto, sino hasta el día anterior al ensayo con vestuario. Esto no hubiera sido tan problemático de no ser por la oscuridad, que les dificultaba la lectura de los textos que tenían en las manos. Si un actor atravesaba el escenario recitando un texto, y en ese momento lo olvidaba, se veía obligado a hacer todo el recorrido hasta la vela más cercana y descifrar el guion.



Sontag, atormentada por Godot —pero purificada por la batalla perdida de la escritura/ purificada por la rendición—, remueve pesados bloques de concreto y encarna su acción en la materia pérdida, acaso acumulable, de los restos de los edificios que dejan atrás las explosiones.

Solo hay purificación en el fracaso.

Solo hay sublimación en la pérdida humana y material.

Estos son restos de techo.

Estos son restos de ventana.

Estos son restos de puerta.

Estos son restos de muros, que dividen el *living* de las habitaciones.

Somos como dos espejos que se miran  
uno al otro, redimensionados, y en ambos  
casos encuentran la misma imagen multiplicada al  
infinito, una espera acumulable que se  
entiende como inmensidad.

Mi padre simpatizó con el comunismo. De ahí, surge mi amor a las moles de concreto como este teatro viejo.

De ahí vienen algunos pensamientos que me remiten a un hogar de la espera. Un sitio donde se vive esperando.



¿Es claro? Donde la espera es el hogar de donde hemos sido desplazados. Y ahora nos sentimos avergonzados, desnudos frente al público que vino a vernos dentro de trajes costosos. Ahora nos sentimos insensibles al juicio de dios, cubriéndonos el sexo con ambas manos y haciendo el papel de una piedra que cae.

Sontag = Piedra.

Piedra = Primera parte de un capítulo de Godot.

El gran árbol donde Vladimir y Estragón esperan es una gran piedra que se asemeja a la dimensión de una ciudad/ Asteroide.

Sontag camina descalza sobre las ruinas de su escritorio en el Holiday. La prensa le ha preguntado qué ha venido a hacer acá. La prensa del espectáculo está encantada; en un solo mes, ha estado Bono y Sontag, Bill Carter y Brian Eno.

A ella le parece —porque me lo ha dicho— que otros hombres acostumbrados, en su mayoría, a vivir del periodismo han subestimado los costes de una guerra en términos concretos de pérdidas humanas: las personas que han muerto y no son recordados sino por sus deudos.

Y en pérdidas materiales: las edificaciones que han muerto donde vivían las personas que han muerto y no son recordadas sino por sus deudos.

Pero aquí hay algo más. Espacios que se construyen y se destruyen dentro y fuera. Dentro de los cuerpos/personas y de los cuerpos/edificaciones, donde esas





personas viven y mueren en periodos generalmente cortos. Tan cortos que pueden provocar pavor.

Amor al departamento.

Amor a lo caliente de la habitación.

Amor al cumpleaños por el calor de las velas en el pastel.

Amor a dormir con alguien y hacer el amor intermitentemente por las noches.

Esto es despertar vivo, luego de dormir caliente.

*Cuerpos comprendidos como espacios que se construyen y se destruyen entre el silencio y la espera. Cuerpos comprendidos como espacios que se construyen y se destruyen entre el silencio y la espera. Cuerpos comprendidos como espacios que se construyen y se destruyen entre el silencio y la espera.*

Estragón repetía esta frase hasta el cansancio, de forma continua, pero, luego, tomaba un respiro hacia la mitad de la obra.

Esperar a Godot como esperar a Bill Clinton, no a Bill Carter, que se ha llevado a Taime y ahora, al parecer, no regresará a la universidad ni regresará conmigo.

Estoy solo. Todo comienza a caer y, luego, es sepultado.

Amigos, el modo en que esta ciudad ha caído es inconfesable.



Que no exista memoria de todo esto, por dios, que no exista ni un manifiesto social o político que implique recordar. Que el teatro no prospere en temporadas a pesar del éxito en taquilla.

Susan nos ha pedido hacer un dibujo relacionado con la espera, en el ciclorama parcialmente demolido del teatro. El mío es un cuerpo lánguido que tiene por cabeza el mundo; o lo que entendemos que es el mundo. El planeta Tierra, pues. Por esa cabeza, hay espacios en abandono que atraviesan paisajes de otra lógica material: zonas baldías que comienzan a ganar terreno hasta invadir el territorio en su conjunto. Y eso, para mí, es la tristeza que implica la espera, cuando se sabe que se espera por lo que no ha de llegar.

Los actores no alcanzan a ver los textos porque no existe la luz eléctrica.

Los actores se desploman en el piso tras cualquier indicación de Sontag.

Están rendidos. No pueden memorizar y aplican la de la huida:

ESTRAGÓN. Donde hay que esperar.

VLADIMIR. Dijo delante del árbol. (*Miran el árbol.*) ¿Ves algún otro?

ESTRAGÓN. ¿Qué es?

VLADIMIR. Yo diría que un sauce llorón.

ESTRAGÓN. ¿Dónde están las hojas?

VLADIMIR. Debe de estar muerto.

ESTRAGÓN. Se acabó su llanto.



¿Qué otra decadencia podemos entender como propia?

¿Qué manera de asestar un golpe ha tenido esta historia para nosotros dos?

Hoy, después del ensayo, he vuelto a la universidad. Le he pedido a mi padre que deje de hablar durante los ensayos si es que quiere que continúe estando allá. Suspiro, no reparo en las cosas tristes, intento mantener la pulsión. Intento mantenerme al día con el número total de amigos muertos: 13. Pienso en Lucky, el sirviente de Pozzo, le pongo el rostro de un viejo conocido que es muy blanco de la piel, tiene el cuello largo y la cabeza muy pequeña en relación al cuerpo.

Lucky: mis amigos han desaparecido. Antes. Bueno, antes compartimos algunos placeres. Nos gustaba quedarnos quietos, tumbados entre las piedras del estero. “Somos huérfanos de la guerra”, decían. Somos amigos, es cierto, pero antes somos huérfanos y así nos verán los demás. Nadie nos dará empleo. No nos querrá ninguna chica porque no somos divertidos ni sabemos hacer el amor. Porque estamos mudos. Ninguno de nosotros conoció a su padre. Ninguno tuvo un tipo de apoyo ni recibió educación por parte del Estado.

El tanque que pasó sobre esos niños que fuimos fue llamado *Abismo*.

Cuando se lo dije a Taime, no me lo podía creer.

Ese tanque fue llamado *Abismo*.



Abismo viene hacia mí con frecuencia. Dispara frente a la pared de hormigón de un edificio cercano solo para manifestarse vivo. Luego, se disipa, se repliega y realiza, en silencio, el cálculo de sus propias pesadillas.

Esto es Sarajevo.

Esto es Sarajevo en estos años luz de la tristeza que se ha llevado nuestros mejores días.

Éramos huérfanos, amigos de cierta manera, acostumbrados, como todos los amigos, a la pérdida y el dolor.

Hoy, luego de 26 años, puedo regresar a la ciudad en la que nací sabiendo que nadie sabe quién soy, que nadie sabe cuál es en realidad esta ciudad, porque la han desfigurado del rostro.

No volveré a los ensayos, porque estar ahí implica ver a mi padre y, por lo tanto, a las primeras expresiones de horror que me dejó la infancia. Sin embargo, Sontag se ha quedado en mi memoria.

La conocí en realidad muy poco. Apoyé en lo que pude durante unos días. Después, con el tiempo, desaparecí porque así tenía que hacerlo. Luego, volví a aparecer para el estreno. Esto es así.

Me pidió mi libreta para hacer un par de apuntes. Hoy los conservo con parte de algunos otros restos de estas tres escenas de mi último texto: *Avenida de los Francotiradores/ Ruinas de los Juegos Olímpicos de Invierno y Godot en Sarajevo*.

Bueno, esto ya termina. Acá unas notas del diario:



*Sarajevo, 4 de mayo de 1994*

He estado mejorando mi visión nocturna. A veces, una línea en el tiempo se revela invisible a los ojos. No sabemos nada de ella. Únicamente sabemos que está ahí, que existe. Esa línea del tiempo, es *Beckett*.

Aries. Atravesando el escenario de un teatro que se mantiene a pesar del estado de sitio. Y que ve a su paso, como fantasmas venidos de otras guerras, combatientes que han curado sus heridas y están listos para tomar sitio en la sala. “Esperamos que la obra sea buena”, dicen. Encienden un cigarrillo y se acomodan en su butaca.

*Mi madre*

Tratando de asimilar toda la energía para criarme. Aun así, la fuerza que se distribuye entre nosotros dos, desde mi nacimiento, es poca. No nos hemos hablado en mucho tiempo y ahora temo que muera antes de *Esperando a Godot* y no la vuelva a ver.

*Ciudad de Sarajevo*

Me gusta pensar que Godot es una investigación sobre el dolor y la ternura. Me gusta pensar en que alguna vez algo hace que Godot se expanda en un territorio imposible de ser pensado como nuestro. En mi piedad. En la piedad que experimentó también Kosovo. De algunos suburbios de Zagreb, arrasados mucho tiempo antes de esta guerra, por otra guerra: la del hombre y su espera. Mis artículos son como la ayuda humanitaria a Bosnia y Herzegovina, pocos los conocen:



Humanidad/ Desnuda/ De mi propia idea de eternidad/ Mi restitución del caos y la barbarie/ Mi cuerpo como prueba de que he sufrido/ Comienzo sobre la cama/ Poco a poco me desprendo la ropa del cuerpo/ Tomo el teléfono del cuarto 134 del Holiday Inn, pero nadie responde, hoy me voy de Sarajevo.

Dejo un poema escrito en la pared:

*Sombras que sustituyen el espacio con fragmentos,  
restos, pasos perdidos, aplausos, fotografías,  
gente muerta que espera como gente viva  
desarmes de ti,  
de los nuestros en una ciudad cuya belleza supera  
el paso de las explosiones  
y supera nuestra perspectiva mínima  
de comprensión por la vida...*

End.

Me había ido de ahí y, después, en el verano de 1996, regresé a Sarajevo para el estreno de Godot. Algo andaba mal, lo sabíamos todos. Durante la tarde, corría un viento extraño, los insectos llenaban las estancias y todo era gris como en el invierno. El Sol salía muy poco. Salí de Odzak a las 12:30. En el camino, encontré muchos animales que habían sido atropellados en la carretera.



¿Eso también era una señal? Conejos, lobos, pequeños zorros, marmotas y gatos de monte. Me aterraba la idea de pensar que después de algún tiempo pudiéramos encontrar también a los niños, que generalmente corrían detrás de ellos. Así que frené y pensé en volver. Busqué un sitio para telefonar a mi padre. Marqué el número de casa. Tomó la llamada mi madre.

Supe, después de sus primeras palabras, que esa tarde él había muerto. Entonces, comencé a notar que mi brazo, a pesar de encontrarse repuesto, no alcanzaba a sujetar el peso mínimo del teléfono. Finalmente, colgué.

Afuera, un niño me veía de frente. Junto a él, otro más se embarcaba imaginariamente en un tren. Y, en el tren, ambos huían, no sé bien de qué...

